

# EUGENIO GARCÍA AMOR

## *Desde mi ladera*

José M<sup>a</sup> Díaz Fernández

Todo lo que puedo escribir acerca de D. Eugenio García Amor es (debo decirlo ya al comenzar), con el afecto fraterno, que perdura desde que ambos ingresamos en el seminario en 1940. Y debo añadir, de entrada también, que si tan honda y prolongada amistad se ha mantenido siempre siendo ambos tan distintos, se debe mayormente a su talante generoso y fiel, perdonador de toda deficiencia ajena.

### *De Sante a Mondoñedo*

Vino al seminario cuando iba a cumplir los doce años, muy bien preparado por el párroco de Sante, D. Jesús Arias Goyos. Así que comenzó con ventaja sobre la mayoría: sabía ya las declinaciones y conjugaciones latinas, leía muy bien y ya tenía cierto hábito de estudiar. Lo mejor, no obstante, era la educación familiar recibida: un conjunto de cinco hermanos, Teresa, Eugenio, Jesús, Francisco y José, que habían de demostrarse todos ellos cristianos admirables, como hijos de padres más admirables aún. Al padre lo conocí en un

viaje que hizo él solo a Mondoñedo, allá por las vacaciones de 1945. Conversé con él largamente por los claustros del seminario: era directo y transparente, tocado de especial dulzura de trato. Yo me sorprendí al verme tratado de igual a igual con enorme bondad.

Eugenio destacó en el seminario, desde el primer momento, como seminarista modelo: en los estudios, en comportamiento, en pulcritud y en generosidad. Notaba que usaba unos zapatos que le apretaban bastante y así se lo dije cuando tenía yo diez años. Su respuesta me sorprendió: "Si quieres, te los doy". Creo que no he sido aprovechado nunca, y en esta ocasión le pregunté si no tenía otros hermanos más pequeños. Su primer cargo de responsabilidad fue, cursando tercero de latín, el de encargado del cuarto de las maletas y baúles, contiguo al comedor del Seminario Menor que poco después sirvió para ampliarlo. Ya entonces se acreditó como fiel poseedor de llaves, siempre dispuesto a abrir, sin dejar de cumplir con el deber de cerrar. Era de los pocos que tenían reloj, y el más dispuesto a decirnos a todos la hora. En las imposibles clases de Geografía (por apuntes) llamaba la atención tanto su exactitud al tomarlos como su facilidad en aprenderlos al pie de la letra.

Un tío suyo, al que llegué a conocer bastantes años después, era verdaderamente leído y proporcionaba a Eugenio desde el comienzo algunos libros que él me prestaba, como las Cartas del P. Isla y la Corona Gótica de Saavedra Fajardo: ésta marcó desde entonces mi interés por tan destacado escritor del S. XVII... Aún recientemente he tenido la suerte de descubrir en la Biblioteca de la Universidad de Santiago un interesantísimo manuscrito anónimo que pude publicar y presentar en Madrid, demostrando ser obra escrita por Saavedra en 1618. En la dichosa Corona Gótica me había sorprendido un dato

que hizo reír mucho a Eugenio: el rey Wamba había tenido que oponerse a algunos obispos gallegos que se hacían llevar en silla gestatoria a hombros de diáconos. Algunos sabíamos, ya en el Menor, lo del antiguo obispado de Bretoña, y yo comentaba con él lo gracioso que habría sido ver al obispo Mailloc en silla gestatoria por las correoiras de Bretoña. El mismo Eugenio me hacía reparar en algunos donaires del padre Isla, como el comienzo de las cartas dirigidas a su hermana María: "Querida mari(ra)posa:" Mi madre al mencionado tío lo conoció una vez que vino a Mondoñedo a las ferias de S. Lucas: "Ese tío de D. Eugenio es un señor muy distinguido". Verdaderamente lo era, con sus venerables barbas y hablar pausado, discretísimo.

A todos nos pareció normal que, en el cuarto curso, lo hicieran decano en el Menor, con mesa presidencial en el salón de estudios: se hacía respetar. En el curso 1943-1944 había vuelto al seminario como Vicerrector del Menor, D. Manuel Maroño, marcando pautas de cortesía, sentido litúrgico y acendrada devoción a la Virgen. En el mes de mayo todo el seminario florecía en versos, y cada día él leía en público, al comenzar el estudio de la mañana, los que consideraba mejores. Sobresalieron entonces los de Fernando Porta, García Amor y Soto Paz, primo de José María Paz Camps. Miro retrospectivamente y creo que tampoco fui envidioso: yo me aprendía de memoria las composiciones de estos compañeros, y muchas veces he repetido los versos que más me gustaron entonces: cuatro cuartetos de Eugenio en acróstico que dice: María estrella mía. Cuando, recientemente los recité en público, él ni se acordaba de haberlos hecho. Así que pueden publicarse ahora gracias a que yo los retuve en la memoria.

## *Roma: “El mejor alumno del Colegio Español”*

Al comenzar el curso 1945-1946 fue destinado a Roma para comenzar en la Universidad Gregoriana los estudios de filosofía. Las cosas estaban difíciles por la situación de Italia tras la Segunda Guerra Mundial, y se retrasó su marcha hasta algo avanzado el curso. Mientras tanto estuvo con nosotros asistiendo a clase, aunque con la natural despreocupación de quien está próximo a irse a otra parte.

No sé si pasadas las Navidades o antes de ellas, emprendió el viaje a Roma, uniéndose a un seminarista de Orense que iba a cursar Teología, Emilio Losada, hoy canónigo jubilado de la Catedral orensana. Acababa de ser designado obispo de Mondoñedo D. Fernando Quiroga Palacios, Lectoral de Valladolid, y ellos se detuvieron en esta ciudad para saludarlo.

En Roma, con el año académico ya avanzado, se incorporó a un curso propedéutico a la filosofía, de carácter más bien científico. Desde allí escribía a algunos de sus condiscípulos de Mondoñedo, a mí entre ellos, y siempre me admiraban aquellas cartas pulcras, con su admirable caligrafía, sobrias y noticiosas. Al terminar el curso, me escribió diciendo el tema que le había tocado en el examen escrito: “De televisione”. Decía también que ya hablaba el italiano “como un papagayo”. Creo que me escribió de nuevo, poco después, estando de vacaciones con sus compañeros del Colegio Español en el seminario de Salerno. Los primeros informes que el Rector de Roma mandó a Mondoñedo eran de lo más elogioso, y nuestro Vicerrector D. José Lombradero, hijo de su mismo ayuntamiento de Trabada, no

dejaba de pregonarlos con explicable orgullo. Cursando segundo de filosofía, sucedió la muerte repentina de su bendito padre, que debía de andar por los 56 años. Algún año después, el entonces Vicerrector de Roma D. José María Carda, me comentaba en Salamanca la admirable reacción de Eugenio al comunicársele la tristísima noticia: unas lágrimas, un irse largo rato a la capilla y ya serenidad absoluta en el seguimiento de la vida normal.

Coronó brillantemente los estudios de filosofía con la licenciatura, presentando como tesina este prodigioso título: El fantasma y el entendimiento agente en la gnoseología de Suárez. Yo me había ido de Mondoñedo a Comillas, donde hice el curso de especialización en Humanidades Clásicas, con lo que sufrí también el retraso de un curso con respecto a nuestros condiscípulos de Mondoñedo. Cuando al año siguiente él comenzaba la Teología en Roma, yo la iniciaba en Salamanca incorporándome a la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos. En una de sus venidas a Salamanca, el Rector de Roma, D. Jaime Flores, me dijo con su característica espontaneidad: “Tú eres de Mondoñedo ¿no? ... ¿Conoces a Eugenio García Amor? ... ¡Es el mejor alumno del Colegio Español!” Por lo visto, estos eran los términos que empleaba en los informes que mandaba anualmente al obispo de Mondoñedo. ¡Y todavía se hallaba cursando segundo de teología! Terminado este curso, pude verlo de vacaciones en Galicia, ya ordenado de Menores y elegantísimo, por cierto. Fue un encuentro rápido, en la parada en Mondoñedo del autobús de Ribadeo en La Coruña. Él iba a pasar unos días en Osedo (Sada) con Fernando Porta, en la finca en que veraneaba con su abuela y sus tías.

## *Teología, poesía y sacerdocio*

Inesperadamente, cuando ya había comenzado el tercer curso de teología en Salamanca, fui designado para continuar los estudios en la Universidad Gregoriana. No necesito decir que una de las mayores alegrías fue la de volver a ser su discípulo. Cuando llegué en tren a la estación de Termini, a comienzos de noviembre, allí estaba esperándome con otro discípulo al que también llegué a estar bastante unido: D. Cipriano Calderón, Operario Diocesano, hoy obispo-vicepresidente de la Pontificia Comisión para la América Latina ...

Desde luego, comprobé desde el primer momento que el ambiente que tenía en el Colegio Español respondía exactamente a todo lo que D. Jaime Flores manifestaba: todos lo querían y admiraban. Era serio, piadosísimo, estudioso, servicial más que ninguno. Tenía un especial sentido de la aplicación, la pulcritud y el orden. Para aprobar brillantemente todas las asignaturas, le bastaba con tomar en clase aquellos apuntes perfectos que luego memorizaba con toda facilidad en vísperas del examen. Y hallaba tiempo para la poesía, el dibujo, la música, la preparación de obras de teatro, el estudio de idiomas... Era, a todas luces, el alumno más completo. Estaba de Vicerrector en Roma D. José María Javierre, que ya se había hecho famoso con su deliciosa biografía de S. Pío X, y puso en marcha la revista de poesía "Estría", que agrupó desde el primer momento a un puñado excelso de poetas, alumnos del Colegio: García Amor, Martín Descalzo, Montalvillo, Revuelta, Servando Montaña,

Antonio Montero... Para Javierre los poemas de García Amor (creo que influenciado por Salinas) eran los mejores. Todavía recientemente el famoso escriturista P. Alonso Söekel, al evocar a los poetas de "Estría", cita en primer lugar a García Amor como "poeta puro", lamentando que abandonase muy pronto la poesía. Yo estaba en otra onda -la de los poetas españoles del Barroco- y tardé en poderme incorporar a aquellos jovencísimos poetas de vanguardia que hasta obtuvieron los elogios de Juan Ramón Jiménez desde Puerto Rico. Javierre precedió con incisivas palabras la edición de los primeros poemas de Eugenio: "Eugenio García Amor es joven y bueno. Parapeta en sonrisa fácil, la exactitud tozuda de su alma..." ¿Cabe definición mejor?.

Aún apreciándome mucho, era consciente de mis lagunas y trataba de subsanarlas. Así, por ejemplo, me llevaba con él a la sala de música y juntos oíamos grabaciones de Beethoven, Mozart, Vivaldi, Tchaikovsky, Borodin... También intentaba reducir a mayor simplicidad mi poesía barroca, de temas altisonantes: "Tienes que saber hacer un poema a la suela gastada de un zapato..." Tardé en comprender que tenía razón.

No era entonces pensable lo de venir todos los años de vacaciones a España, y el clima veraniego de Roma se hacía insoportable en el céntrico Palacio Altemps, sede del Colegio Español. En agosto de 1952 un grupo de unos diez nos fuimos primero al seminario de Bressanone (Brixen) en el Tirol, y de allí, a la abadía premostratense de Innsbruck, ya en territorio de Austria. Fueron días especialmente felices. Eugenio, disciplinado siempre, fue el único que hizo progresos notables en el estudio del alemán. Nuestros condiscípulos de Mondoñedo acababan de ordenarse de sacerdotes en el Congreso

Eucarístico de Barcelona, y nosotros estábamos deseosos de recibir noticias sobre sus primeros destinos. Un día recibimos sendas cartas de José María Fernández y Fernández. En la dirigida a García Amor le comunicaba con plena confianza que Fernando Porta había sido designado Director Espiritual del Seminario Mayor. En la carta dirigida a mí se expresaba más cauteloso: "Se dice que Fernando Porta..." Pero debió de suponer que Eugenio y yo nos enseñábamos las cartas... En la mía, al "se dice" había añadido entre líneas "y con fundamento". ¡El entrañable Fernández y Fernández ya había aprendido entonces todas las cautelas en la irreplicable escuela de D. Perfecto!. Cuando desde Innsbruck nos desplazamos a Viena para la celebración multitudinaria del Día Católico de Austria, García Amor fue nuestro mejor guía, preguntando y orientándose perfectamente en alemán.

Nuestro cuarto curso de teología fue especialmente intenso intelectual y espiritualmente... Debíamos preparar la licenciatura en Teología y disponernos para las Órdenes: Eugenio, diaconado y presbiterado; y yo (casi dos años menor), subdiaconado. Mi salud era muy floja en Roma y contaba, además, con el grave inconveniente de tener que preparar el examen de licenciatura en la Gregoriana adaptando a su programa lo aprendido en los dos primeros cursos de teología en Salamanca por textos muy diferentes. ¿Cómo olvidar la ayuda fraterna, de todo punto excepcional, que me prestó, preparando ambos el programa tema por tema? En la deliciosa primavera romana nos íbamos juntos a algún parque con nuestros apuntes, y allí me animaba, ayudándome a repasar y tomándome literalmente la lección. Rezábamos juntos diariamente el rosario y yo iba descubriendo los tesoros íntimos de su alma, con admira-

ción siempre creciente. La preparación para el presbiterado era para él lo principal. Comenzamos a rezar juntos también el breviario: creo que fue la época en mi ya larga vida en que lo recé mejor, y nada me disponía tan bien para el subdiaconado como seguir su preparación para el presbiterado y Primera Misa. El toque último nos lo dio el P. Lombardi, dirigiéndonos los ejercicios en su castellano recién aprendido. Llegado el día de la Ordenación, en la capilla del Atempo, la emoción de Eugenio fue muy intensa. Confirió las Órdenes un arzobispo de porte y unción excepcional. Mons. Traglia, Vicegerente de Roma y más tarde Cardenal-Vicario y Decano del Sacro Colegio Cardenalicio. Cuando le ungió las manos, Eugenio estaba bañado en lágrimas, y tengo la dicha de poder decir que el Arzobispo se las ató con la cinta de seda que le regalé para esta ocasión. En aquellas órdenes yo recibí el subdiaconado y José Chao Rego, la primera clerical tonsura. Imprimimos un recordatorio conjunto: *"In faesto Sancti Joseph, sacerdotii Christi in Urbe participes, Eugenius García Amor, presbyter; Joseph M<sup>a</sup> Díaz Fernández, subdiaconus; Joseph Chao Rego, clericus: alumni dioecesis mindoniensis, quos conjunxit caritas"*.

Por la tarde hubo en el salón de actos una bella velada de homenaje. Indiscutiblemente, correspondió a Eugenio pronunciar las palabras finales: fueron una verdadera maravilla de gratitud, humildad, elegancia y buendecir. También le correspondió celebrar la Primera Misa en la Capilla del Colegio con asistencia de todo el alumnado, por ser, entre los nuevos sacerdotes el de más larga permanencia en Roma. Y fue verdaderamente solemne. Creo que actué en ella de subdiácono. Quiso celebrar la segunda (primera en su intención) en las Catacumbas de S. Calixto, siendo yo el acólito. A

todas partes me acompañó y sigue acompañándome un pequeño cuadro con la fotografía de aquella Primera Misa en la que aparezco recibiendo la comunión de sus manos. El tercer día la celebró en la basílica de su patrono el Papa S. Eugenio, recién construida en homenaje a Pío XII (Eugenio Pacelli) y ya desde entonces continué ayudándole a misa todos los días hasta que terminó el curso.

Mis superiores habían decidido que continuase en Roma estudiando Sagrada Escritura ¡Cuál no sería mi alegría cuando pocos días después llegaba de Mondoñedo una carta con la decisión de que él continuase también en Roma estudiando en el Pontificio Instituto Bíblico!.

Me parecía que la noticia de su ordenación y su currículum debían ser conocidos en Galicia y escribí al Director de El Ideal Gallego, enviándole una breve reseña con su fotografía. Apareció publicada pocos días después, con especial gozo de su madre y sus hermanos. El menor de ellos, Pepín, ingresó aquel mismo año en el seminario menor de Lorenzana.

El curso terminó con buen éxito para los dos: él obtuvo 10 en la tesis y en el examen escrito, y 9 en el oral. Yo, milagrosamente y gracias a su ayuda tan directa, obtuve exactamente las mismas calificaciones. Creo que se alegró más de mi suerte que de su merecido éxito. Por lo que respecta a él, puedo decir con absoluta seguridad que si en aquel momento se hubiera hecho una encuesta entre los superiores y alumnos sobre quién estaría llamado a alcanzar los más altos destinos, la unanimidad no habría recaído ni en Eduardo Martínez Somalo, hoy Cardenal Camarlungo de la Santa Romana Iglesia, ni en nuestros condiscípulos Ramón Torrela, Arzobispo emérito de Tarragona, ni en Cipriano Calderón, actual Obispo-

Vicepresidente de la Comisión Pontificia para la América Latina, sino en Eugenio García Amor. Así lo he comentado últimamente con otros condiscípulos con motivo de sus bodas de oro, y todos me han dado la razón. Pero él -claro es- prefirió escoger "la obscura senda por donde han ido / los pocos sabios que en el mundo ha sido" como dice fr. Luis de León, tan sabrosamente comentado por D. Francisco Fanego en nuestros años de Latín y Humanidades.

## *Licenciatura en Sagrada Escritura y retorno a Mondoñedo*

Terminada la Teología, Eugenio retornó a España, dispuesto a celebrar en Sante su Primera Misa, mientras yo permanecía en Roma, dándole duro al hebreo para ingresar en el Instituto Bíblico. Me mandó información de su primera misa, con dos fotografass dedicadas que he conservado siempre como oro en paño: una de la procesión que siguió a la primera misa (él recogidísimo, con las manos derechas; como diácono, nuestro condiscípulo José M<sup>a</sup> Fernández, y como subdiácono, el párroco de Abres, D. Álvaro, muy vigoroso aún, que había rebasar los cien años), y otra foto del banquete familiar con la señora Hortensia, la madre admirable, sus hermanos, su párroco D. Jesús que fue su padrino de misa, y otras caras conocidas, como el Arcipreste de Ribadeo D. Enrique López Galuá y Fernando Porta que fue el predicador.

Para mí llegó en septiembre "lo peor", que terminó siendo lo mejor (Dios nos manda siempre lo mejor): la orden de volver a España para incorporarme como formador y profesor al Seminario

Menor de Zaragoza, establecido en un lejano pueblo de la provincia de Teruel, Alcorisa, mientras se construía el nuevo seminario en la misma ciudad de Zaragoza. Era, dentro de la Hermandad de Operarios Diocesanos el más humilde destino. Adiós, pues, a los proyectados estudios bíblicos y a la ilusión de proseguir dos años más en Roma con mi fraternal condiscípulo. Todo se lo comuniqué por carta, creo que sin incurrir en ningún lamento. Me ordené de diácono y regresé inmediatamente a España. Mi agotamiento era extremo: mis tíos de Madrid me llevaron a buenos médicos y continué con ellos algunas semanas de veraneo en un pueblo de la provincia de Segovia. Eugenio me deparó la alegría más tonificante: se vino a pasar conmigo una semana en Madrid, en casa de mis tíos, antes de regresar a Roma. Ellos, verdaderamente maravillosos, le tomaron tanto cariño que hasta le llamaron sobrino en adelante. Y terminamos tomando el mismo tren de Madrid a Barcelona: él, camino de Roma, y yo, dirigiéndome ya a Alcorisa. Nos despedimos en Zaragoza y de un modo que hoy me resulta conmovedor: intercambiándonos los respectivos rosarios. Me permito decir que en Alcorisa me sentí desde el primer momento inmensamente feliz. La plantilla de Operarios Diocesanos era encantadora: humildes, fraternales, ajenos a la menor sombra de ambición. Los párrocos del contorno habían sobrevivido milagrosamente a la persecución sangrienta, y yo no me cansaba de oírles sus heroicas peripecias, todavía recientes. Los seminaristas (más de trescientos) tenían el inconfundible encanto de la buena gente aragonesa: muchos de ellos todavía conservan una gran amistad conmigo. Todas estas impresiones se las transmitía a Eugenio y él me dirigía cartas muy animosas enviándome siempre algún semanario italiano sin mencionarme jamás ninguno de sus éxi-

tos académicos. Cuando me ordené de sacerdote (17 de abril de 1954, Año Santo Mariano y Año Santo Compostelano) vine a Mondoñedo a cantar la Primera Misa, aprovechando la breve estancia para ir a Villanueva: quería conocer personalmente a su hermano Pepín, niño resplandeciente de alegría y candor. Me encontré, como dato curioso, con que iba tirando al jardín las servilletas según las iba usando y que escribía a casa para que le mandaran más. Varios años más tarde, siendo alumno en la Universidad de Comillas, coincidí con él en París, durante un mes de agosto, y solía visitarlo en la habitación que ocupaba en el piso más alto de una céntrica calle. Me sorprendió su delicadeza extrema en evitar todo ruido que pudiera molestar a los inquilinos próximos: era evidente que en cuanto a delicadeza se parecía a su hermano. Poco después depositó en mí su confianza para elegir el nuevo camino que ha seguido fielmente.

Veraneé aquel año con mis tíos en la Granja de San Ildefonso, y allí me sorprendió la designación para el Seminario de Segovia. Eugenio, ya en el segundo y último curso de sus estudios bíblicos, me escribía a Segovia muy contento con mi destino: “Creo que es -me decía- uno de los paraísos de España”. Para mí, desde luego, lo fue durante siete cursos. Al dejar él definitivamente Roma, me deparó otra gran alegría: se vino desde Madrid a pasarse una semana en el Seminario de Segovia. Yo lo acompañaba mostrándole con entusiasmo la Catedral, el Alcázar, las distintas iglesias monumentales. Me decepcionaba no verlo impresionado con nada de lo que veía, lo que, en verdad, era más que explicable: continuaba embebido en la grandeza de la Roma eterna.

Su incorporación al seminario de Mondoñedo era la ocasión deseada para estar con él durante los veranos. Yo deseaba que conti-

nuase dedicado de lleno a los estudios bíblicos y hasta logré arrancarle el texto de la tesina de licenciatura en Sagrada Escritura, que hice que se publicase en Segovia, en la famosa revista "Cultura Bíblica" que dirigía D. Andrés Herranz y contaba en la diócesis de Mondoñedo con muchas suscripciones. Se publicó, en efecto, (creo que en 1956) con el título modesto que él puso a última hora: "Apuntes sobre la circuncisión".

Siendo el primero y único licenciado en la Sagrada Escritura con que contaba la diócesis de Mondoñedo, me preocupaba (y siguió preocupándome durante mucho tiempo) verlo reducido a explicar "Introducción a la Sagrada Escritura" en primero de Teología, conservando D. Gumersindo Cuadrado, como Canónigo Lectoral, todo lo principal. Un día, durante las vacaciones en Mondoñedo, me atreví a decirle al bueno de D. Gumersindo: "A ver cuando le dan a Vd. una Canonjía-Dignidad para que pueda pasar Eugenio a Lectoral. "Y me respondió en el acto: "Para eso no hace falta que me den una Dignidad; basta con que Dios me mande un catarro. Tengo ya uno encima y hasta podría ser éste". Comprendí que había en él aquella voluntad retentiva que mantuvo hasta la muerte. Nada de ello le preocupaba a Eugenio en lo más mínimo, dispuesto siempre a todo: las asignaturas más diversas, incluida la música, hasta convertirse en Beneficiado-Maestro de Capilla. ¡Valía para todo y todo tenía para él la misma importancia!. En el terreno musical ensayó, cantó y dirigió. En el Orfeón de la Sociedad de Obreros pasó con toda naturalidad de director a dirigido. ¿Quién no lo recuerda entre los cantores del Orfeón, dirigido por Alfonso de la Torre?.

Bien lejos estaba yo de pensar, cuando regresé a la diócesis de Mondoñedo en 1962 y estaba muy feliz de coadjutor de S. Juan de

Filgueira, que año y medio después me iba a incorporar al Seminario como Director Espiritual del Mayor, sustituyendo a D. Fernando Porta. Volvía a estar con él, ya convertido en Vicerrector; y vi cómo cubría todos los frentes. Madrugando más que nadie, ponía un disco para despertar a los alumnos y se iba a celebrar la misa a las inolvidables Obreras de la Cruz. Desayunaba rápidamente y llenaba todas las horas y minutos dando clases, atendiendo a la Secretaría de Estudios, acudiendo a la Catedral, ensayando música... Celebraba todos los domingos la misa con catecismo en el Barrio de los Molinos y hasta acudía frecuentemente a Lorenzana con una máquina de cine a poner una película a aquellos niños. Atendía, además, a las parroquias de Fórnea y Vidal: ¡un no parar! Para colmo, en el comedor de los superiores se dedicaba a servirnos a todos, acudiendo a la ventanilla a traer y llevar las fuentes y recogiendo los platos ya usados. Su habitación era un prodigio de orden y limpieza, casi obsesionado por la ventilación: abría de par en par el balcón cada vez que salía, y todas las ventanas posibles de la casa. Aquello agotaría a cualquiera y él superaba el cansancio tomando deprisa, a media mañana, una onza de chocolate o una pastilla de optalidón. Sólo por la noche, cuando los alumnos ya se iban a descansar, paseábamos juntos rezando el rosario y luego nos íbamos a la capilla. Él se situaba de rodillas, muy cercano al sagrario, y allí permanecía Dios sabe cuánto tiempo, desde que los demás ya nos habíamos retirado. Así, años y años. Era, por lo demás, lector complacido del Vida Nueva de entonces, lo que no dejaba de causarme algún desconcierto.

## *Altas incumbencias y epílogos parroquiales*

Un día, en la semana de Rectores de Seminarios, celebrada en Salamanca (yo asistía en calidad de Consultor de la Comisión Episcopal de Seminario) D. Jacinto me dijo: “Voy a tener contigo una confidencia: cuando regrese a Mondoñedo voy a nombrar Secretario-Canciller a tu amigo Eugenio”. Se extrañó de que no manifestase sorpresa; y no le dije que para mi no era novedad, porque un mes antes me lo había comunicado en secreto su secretario D. Timoteo Cerver, lo mismo que el nombramiento próximo de Prieto Verdes como Administrador. D. Jacinto, por su parte, se había decidido a aceptar la enésima “renuncia” de D. Perfecto, halagándolo como él sabía hacerlo: “Para sustituirle a Vd. hacen falta dos y Vd. tiene que formarlos”. Le agradeció, además, sus grandes servicios obteniéndole el título de Prelado Doméstico de Su Santidad, y le vistió solemnemente los hábitos prelaticios el Cardenal Quiroga, coincidiendo con su venida a Mondoñedo a las fiestas de la inauguración de la Catedral después de las importantes obras llevadas a cabo. Los empleados de la Catedral, que recordaban al vivo la consagración episcopal de D. José Souto Vizoso, no entendían bien lo de la prelatura doméstica y hablaban ingenuamente de “la consagración de D. Perfecto”.

La transmisión de la Administración fue lenta. D. Perfecto se pasaba largas horas con Prieto Verdes, sumando, restando y volviendo a sumar: la tela de Penélope. Lo de la secretaría fue más simple. La mesa atestada de papeles (a veces se le perdía a D. Perfecto entre

ellos una colilla humeante) enseguida se vio completamente limpia, reducida a un bolígrafo, un lápiz y una goma de borrar. D. Eugenio sólo dejó el título de "Vicerrector siguiendo absolutamente con todo lo demás. Acudía a la secretaría, ya muy entrada la mañana, despachaba al día cada asunto y él mismo llevaba la carta o cartas al correo. Confieso, por mi parte, que entre mis fracasos, hay uno que afecta a mi entrañable condiscípulo, en la etapa en que convivimos como superiores del Seminario. Yo había soñado en suplirle en algunas de sus muchas ocupaciones menores, para que él pudiese dedicarse más de lleno a los estudios de Sagrada Escritura ¡No fue posible! Su estructura personal (deontotónica) propendía a ese peculiar microdinamismo que llena, sin parar, todas las horas y minutos con las tareas más diversas, cuidando de realizarlas todas a la perfección, sin otra satisfacción que la de hacer bien cada cosa, de todo ajeno a cualquier comentario o juicio de los hombres. A esta dichosa y fraternal cercanía, uno felizmente la que mantuve y mantengo con su familia. Sante se convirtió para mí en uno de los lugares más entrañables, y así estuve presente en bodas y entierros, con el dato conmovedor de pronunciar la homilía en el entierro de su madre, como él lo había hecho, años antes, cuando murió mi padre. En una de las visitas a su familia, me dijo: "Vamos a Abres, que parece que D. Álvaro está algo mal". Y allí fuimos con la coincidencia inesperada de que espiró como un pajarito estando los dos a ambos lados de su cama. Eugenio, tan sobrio, le besó la frente y le cerró los ojos. El dato debió de causar sorpresa, porque hasta en la prensa de Madrid se dio la noticia de que el sacerdote de 104 años D. Álvaro había fallecido acompañado del Secretario-Canciller de Mondoñedo y del Archivero de la Catedral de Santiago.

La distancia volvió a imponerse cuando me marché a Madrid al Secretariado de Liturgia, de donde me vine a Santiago, al cabo de cuatro años: ya llevo 31 aquí, que son, por lo que respecta a García Amor, historia contemporánea para toda la diócesis de Mondoñedo: su prosecución en la Cancillería, su incorporación al Cabildo como Canónigo-Prefecto de Ceremonias, y sobre todo, su actuación como Administrador Diocesano en el período que siguió a la renuncia del Obispo Araujo, en el que demostró entereza y energía sorprendentes. Acudió varias veces a Madrid, representando a la diócesis en las reuniones de la Conferencia Episcopal. Torrella, arzobispo de Tarragona y condiscípulo nuestro, habló conmigo alguna vez dando por seguro que lo harían obispo y manifestándome que éste era el sentir de otros obispos en la Conferencia. Así llegué a creerlo. Un día me llamó Eugenio por teléfono para comunicarme en primicia el nombre del nuevo obispo... "Eres tú ¿no?" Mi sorpresa fue grande ante la novedad, acordándome de aquel dicho del inefable D. Pastor, nuestro profesor en primero de Latín: "A los obispillos los hacen los obisposnes". En la jerarquía eclesiástica, un obispo de Mondoñedo no es nunca un obispón. En realidad, ya hacía bastantes años que consideraba que el buen Eugenio se había autoexcluido del episcopado al dedicarse a tantas cosas humanamente irrelevantes. Pero mis esperanzas habían reverdecido con fuerza al hacerse tan patentes sus dotes de mando, al frente de la vida diocesana.

Es muy probable que obren aquí renunciadas de las que no sabemos con certeza. Pero es evidente que ni tuvo ni buscó nunca directa ni indirectamente un obispón que lo promoviese, sino más bien todo lo contrario. Intacto en la juventud del alma, registra en su vejez la escala descendente que va de Vicario General a párroco de

Puentes y Villalba, manteniendo su juvenil actividad, su activo asistir a reuniones, con tiempo incluso para dar tandas de ejercicios al clero de otras diócesis. Esta su carrera últimamente “descendente”, me lleva a aplicarle aquellos versos conceptistas a la Asunción de la Virgen, de un anónimo poeta salmantino, que comienzan “¿Subís bajando, o bajáis subiendo?” Es claro que Eugenio cuanto más baja más sube en la más alta dirección ¡Y en el cariño y la admiración de todos!. Que nadie eche de menos una mayor pormenorización de sus diversas actuaciones como Secretario Canciller, Administrador Diocesano, Vicario General... Su estilo especial fue la viva negación de toda maniobra áulica o de cualquier secretismo tocado de falsa trascendencia. Creo que distinguió muy bien entre fidelidad y servilismo. Con respecto a sus obispos supo servir sin adular jamás, y en actitud de servicio actuó con respecto a todos. Sus dos años de Administrador Diocesano siguen siendo comentados por todos: supo mandar sirviendo, supo presidir ajeno a todo oropel, trabajando más que nadie y estando a los pies de todos, en actitud permanente de desinstalación, con la maleta a punto para ir a donde fuera... Nada pidió nunca: a Puentes fue en acto de obediencia practicado con la más absoluta normalidad. Y allí volvió a ofrecer su misma estampa de disponibilidad, más patente que nunca en aquella casa rectoral abierta de par en par, reducido él a la habitación escueta que parecía la de un seminarista del pasado. Rebasados los setenta años, se hizo cargo de la parroquia de Villalba en la que sigue entregado con su habitual estilo: fuego en el corazón y alas en los pies, dispuesto a volar a cualquier parte. Y sigue sembrando con el ejemplo y la palabra. De algunos años a esta parte le ha tomado especial querencia al gallego nativo lo que le ayuda a sintonizar especialmente con las

promociones nuevas, no sin cierto desencanto de los que conocemos a fondo su maravilloso dominio de la Literatura castellana.

Una prueba más de su talante juvenil y desprendido fue el año sabático que se pasó en Roma, cercano a los sesenta años, renovando con rigor académico sus conocimientos bíblicos. Sorprendía allí a todos (testigos una vez más los Operarios Diocesanos) su laboriosidad, su compañerismo, su piedad, enteramente ajeno al tronío carrierístico de la Urbe, cuando tan fácil le habría sido buscar el favor de algunos antiguos amigos, ya colocados en puestos muy altos. Ni siquiera pudo pasársele por la cabeza. Así es él: irrepetible, síntesis santificada de la dulzura y laboriosidad de su padre y de aquella serenidad austera que caracterizó a su madre bendita. El Señor nos lo conserve muchos años, y ojalá estos recuerdos se sumen un día a otros muchos que ayuden a completar su excepcional semblanza. Sin pretenderlo, él mismo nos ofrece ahora su radiografía espiritual al publicar la serie de poemas que marcan su itinerario desde la niñez. Es claro que, en el fondo, siguió siendo poeta siempre y ésta es la mejor explicación de su paso raudo por distintos lugares y situaciones, con un cierto desapego aparentemente gélido. Sus versos demuestran lo contrario. Él podría decir como fray Luis de León, que son poemas que, al pasar, se le fueron cayendo de las manos.